

kilómetros de la Isla de Kodiak. A este lugar San Herman lo llamó: “el nuevo Valaam”. Allí formó su cueva en donde luego sería enterrado. Su vida la dedicó a la oración y realizaba los oficios que podía como simple monje que era.

En 1818 un barco proveniente de los Estados Unidos trajo una enfermedad fatal a los autóctonos de Kodiak. Los síntomas comenzaban por fiebre, un gran resfrió, respiración difícil, aliento corto, ahogos y finalmente escalofríos. El enfermo moría habitualmente después de tres días de sufrimiento. Esta epidemia se expandió a las otras islas de la región. Centenares perecieron en estas circunstancias. Como no había medicinas en la isla, San Herman permaneció constantemente con ellos cuidándolos y rogando por ellos. La epidemia duró alrededor de un mes. Cuando terminó, San Herman, condujo a los huérfanos con él a la isla de los abetos donde les construyó una escuela, un orfanato y una pequeña capilla donde los habitantes de la isla se reunían ahí con él para la plegaria.

En 1819, 25 años después de los inicios de la misión de Kodiak, solamente 3 de los miembros del equipo misionero original vivían en la región. Todos los otros monjes habían perecido o habían vuelto a Rusia.

Un día unos navegantes de un navío ruso visitaron a San Herman. Después de haber dado la bienvenida, San Herman les preguntó sobre lo que quería cada uno en su vida. Unos querían casarse o realizar estudios, otros tener un negocio o un navío propio, otros tener hijos, etc. Cuando terminaron de hablar, San Herman les preguntó nuevamente: “¿Acaso esos deseos que tienen no se pueden juntar en uno solo?”. Contestarle era difícil para ellos porque no podían unir sus deseos en uno solo. Entonces San Herman tomó la palabra: “¿No es cierto que Dios nos ama y nos da todo lo necesario para nuestra vida?” Eso es fácil de contestarlo por una mirada hacia la creación.

Si eso es el caso, entonces si amamos a Dios, el nos dará lo que necesitamos”. San Herman concluyó con su frase más famosa: “Amemos, pues, a Dios cada día, cada hora y cada minuto”.

Antes de su muerte, San Herman predijo que no habría sacerdote para enterrarlo y que sería olvidado por treinta años. Murió un 15 de noviembre de 1837 pero fue enterrado el 13 de diciembre cuando un sacerdote pudo ir a celebrar el oficio. Fue olvidado hasta que el Obispo Pedro de Alaska inició la primera investigación sobre su vida. Esta investigación continuó con la publicación de su vida en 1894. En 1952 se escribió una *Paráklisis* en su honor y en marzo de 1969, el Santo Sínodo de la Iglesia Rusa en América se reunió y proclamó que el monje Herman sería glorificado como un santo por haber obrado fielmente “en el trabajo espiritual del servicio apostólico entre los autóctonos que él iluminó con la luz de la verdad del evangelio”. Los obispos prosiguieron: “Aquellos y aquellas que lo han visto una vez, que han tenido un contacto con él no pueden olvidarlo. Los jerarcas lo conmemoran, los presbíteros y los creyentes de América lo conmemoran actualmente como un intercesor ante Dios”. El 7 de agosto de 1970, obispos, presbíteros y fieles se reunieron durante 3 días en la Iglesia de la Resurrección de Kodiak y entablaron el proceso de su glorificación, que terminó con la Divina Liturgia y los últimos actos de la canonización el 9 de agosto. San Herman, el anciano de Alaska, se volvió el primer santo glorificado del continente americano.

Las lecturas de la semana

Lunes 20:	Santiago 5:10-20; San Lucas 4:22-30
Martes 21:	I Corintios 6:20, 7:1-12; San Mateo 14:1-13
Miércoles 22:	I Corintios 9:2-12; San Lucas 8:1-3
Jueves 23:	I Corintios 7:24-35; San Mateo 15:12-21
Viernes 24:	I Corintios 7:35-8:7; San Mateo 15:29-31
Sábado 25:	Gálatas 4:22-27; San Lucas 8:16-21
Domingo 26:	Gálatas 3:23-4:5; San Mateo 9:27-35



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 29 - 19 de julio de 2009
Domingo de los Santos Padres del
IV Concilio Ecuménico

Año Paulino (6/8)

La Iglesia como cuerpo de Cristo

“Yo soy Jesús a quien tú persigues” (Hec 9:5)

La experiencia paulina de la visión de Cristo en la ruta a Damasco dejó una impronta sobresaliente e irreversible en su vida, y más lo regeneró. Especialmente, esta respuesta del Señor -“Yo soy Jesús a quien tú persigues”-, después su primera interpelación -“¿por qué me persigues?”-, dirigida a san Pablo en la ruta a Damasco le iluminó la inteligencia con respecto al misterio de Cristo y de la Iglesia, de la relación entre el Señor y los cristianos. La propia experiencia de perseguidor lo condujo a Pablo a entender que mientras que, según Pablo, los perseguidos eran los cristianos, se le manifestó sin equivocación alguna que perseguido era también el Señor mismo. Así se formó ante los ojos de Pablo la imagen de un cuerpo, cuya cabeza es Cristo y cuyos miembros son los cristianos. Además de que esta visión de Cristo consistió para Pablo un encuentro personal con el Señor, se le fue revelado también otra dimensión del mismo Cristo, de Cristo en relación con Su Iglesia, de Cristo en su unión inefable con ella: “Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia” (Ef 5:32). Basándose en esta revelación, Pablo desarrolló ulteriormente en sus cartas la imagen de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

En base a esta revelación, se entienden y se explican varios aspectos que san Pablo desarrolló en sus cartas. Así ser miembro de este cuerpo significa:

- Ser partícipe de la pasión del Señor: “De aquí adelante nadie me sea molesto; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gál 6:17); y también: “Que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col 1:24).

- Ser partícipe de la gloria del Señor: “si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él. Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada” (Rom 8:17-18).

- Compartir con los miembros de este cuerpo, sean alegres o tristes, débiles o enfermos: “Gócese con los que se gozan y lloren con los que lloran” (Rom 12:15); o también: “Si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo” (Gál 6:1-2).

- Vivir conforme a la voluntad tanto de Cristo como de la Iglesia: por una parte, Pablo es mandado por Cristo al apostolado, y por otra parte, él vendrá a Antioquía por pedido de Bernabé (Hec 11:25), y emprenderá sus viajes apostólicos después de la indicación del Espíritu Santo a la comunidad antioquena a fin de apartarlos, tanto a él como a Bernabé, para tal fin (Hec 13:2).

- Anunciar confiadamente el nombre de Cristo, en la unidad que debe regir la predicación de los apóstoles y el contenido de la misma. Por este motivo, Pablo se fue a Jerusalén para presentar ante los pilares de los apóstoles el contenido del evangelio que predicaba (Gál 2:1-2).

Conservar la unión con este cuerpo, especialmente ante todas las adversidades y las

persecuciones: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Rom 8:35), ya que “*todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos*” (II Tim 3:12). Es un honor y una gracia padecer por Cristo: “*Porque a ustedes se les ha concedido por amor de Cristo, no sólo creer en Él, sino también sufrir por Él*” (Fil 1:29), pero con la alegría que implica dicha unión: “*Por eso me complazco en las debilidades, en insultos (maltratos), en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (II Cor 12:10). Es la alegría que acompaña la entrega total: “*En ninguna manera estimo mi vida como valiosa para mí mismo, a fin de poder terminar mi carrera con gozo y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio solemnemente del evangelio de la gracia de Dios*” (Hec 20:24).

- Vivir dedicado a un mismo propósito, en un mismo espíritu, el de Jesucristo: “*Por tanto, si hay algún estímulo en Cristo, si hay algún consuelo de amor, si hay alguna comunión del Espíritu, si algún afecto y compasión, hagan completo mi gozo, siendo del mismo sentir, conservando el mismo amor, unidos en espíritu, dedicados a un mismo propósito. No hagan nada por egoísmo (rivalidad) o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de ustedes considere al otro como más importante que a sí mismo, no buscando cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás. Haya, pues, en ustedes esta actitud (esta manera de pensar) que hubo también en Cristo Jesús*” (Fil 2:1-5).

+ **Metropolitano Siluan**

Carta de Santiago (5:10-20)

Tomad, hermanos, como modelo de sufrimiento y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor. Mirad cómo proclamamos felices a los que sufrieron con paciencia. Habéis oído la paciencia de Job y sabéis el final que el Señor le dio; porque el Señor es Compasivo y Misericordioso. Ante todo,

hermanos, no juréis ni por el cielo ni por la tierra, ni por ninguna otra cosa. Que vuestro sí sea sí, y el no, no; para no incurrir en juicio. ¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados. La oración ferviente del justo tiene mucho poder. Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto. Hermanos míos, si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que el que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados.

Santo Evangelio según San Mateo (5:14-19)

Dijo el Señor a Sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Os lo aseguro: mientras duren el cielo y la tierra, no dejará de estar vigente ni una i ni una tilde de la ley sin que todo se cumpla. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los

enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos.”

Vista del Abad Gerásimos

(*Monasterio de San Herman de Platina, California*)

El pasado sábado 11 de julio, el Reverendo Archimandrita Gerásimos, Abad del Monasterio Ortodoxo Serbio “*San Herman de Alaska*” en Platina, California (lugar en donde vivió el Padre Serafín Rose, un padre espiritual contemporáneo que falleció en 1982) dio una charla en la Catedral San Jorge en la que trató sobre la vida de San Herman de Alaska y como el Monasterio que el santo fundara doscientos años atrás continúa hasta el día de hoy. En su charla, Padre Gerásimos remarcó el hecho que San Herman de Alaska, el primer santo ortodoxo de todo el continente americano y considerado el Santo Patrono del Continente, conservó la fe ortodoxa y convirtió a los habitantes de aquel lugar a la Ortodoxia pese a no ser un sacerdote.

La vida de San Herman de Alaska

(*13 de Diciembre*)

San Herman nació en una familia de clase media en Serpukov, cerca de Moscú, en 1758. En la adolescencia entró en la vida monástica en el Monasterio de la Santísima Trinidad, cerca del golfo de Finlandia.

Mientras Herman vivía en el Monasterio, una infección en el costado derecho de su garganta comenzó a formar un absceso. La inflamación fue aumentando causándole una desfiguración. Su estado empeoraba al punto de rozar la muerte. Una noche mientras sufría, miró el icono de la Virgen pidiéndole que rogara por su salud y tomó un pañuelo húmedo que pasó por el rostro de la Virgen y luego cubrió su rostro inflamado con ella. Esa noche tuvo una visión de la Virgen en la que curaba su infección. Cuando se despertó, a la mañana siguiente, la inflamación había desaparecido y el absceso estaba completamente curado.

En 1779, a los 21 años de edad, fue

transferido al célebre monasterio de Valaam. Este monasterio está situado en la parte Rusa de Finlandia. El monasterio de Valaam era conocido como el “*Segundo Athos*”. A fines del siglo XVIII el padre Nazario, Abad de Valaam, era muy respetado por su comunidad monástica y Herman sentía mucho afecto por este padre espiritual.

En 1793 Gabriel, Metropolitano de Novgorod, pidió al Abad Nazario que eligiera un grupo de monjes de Valaam para formar un equipo de misioneros que tendrían por tarea emprender la evangelización de lo que hoy conocemos como Alaska. Los miembros de la misión de Valaam (llamados luego “*La misión de Kodiak*”) eran el Archimandrita Ioasaf, presbítero a cargo, los hiero monjes Juvenal, Macario, Atanasio, Esteban y Nectario, los monjes diáconos Esteban y Nectario y los monjes Ioasaf y Herman.

El grupo viajó hacia el este, atravesando Rusia y Siberia durante cerca de un año (el viaje misionero más largo de toda la historia del cristianismo) y desembarcaron en la isla de Kodiak, en Alaska, el 24 de septiembre de 1794. A partir de Kodiak el equipo misionero emprendió su tarea de evangelización. La mayoría de los monjes permanecieron cerca de allí donde también fundaron una escuela bilingüe (rusa y aleuta) para los autóctonos de aquel lugar. En ausencia del Archimandrita Ioasaf y más tarde del padre Gedeón, el monje Herman tenía la responsabilidad de la misión de Kodiak y de la administración de la escuela. Los monjes misioneros en Alaska fueron golpeados, llevados a prisiones, soportaron las inclemencias del tiempo, etc.

San Herman sintió que era su obligación proteger a los nativos de la explotación. Los defendió de aquellos que controlaban esta colonia pese a ser rusos que vivían y explotaban este lugar. Entre 1808 y 1818 vivió en “*la Isla de los Abetos*”. Como su nombre lo indica está casi cubierta de árboles y a una distancia de casi 2